

EL ROBO IMPERFECTO:

—¡Valeria Fouchet, vuelve aquí ahora mismo! —Le gritó la maestra. La señora Doris es una mujer muy gruñona, pero también es su maestra privada. A diferencia de la profesora, la niña tiende a ser juguetona, obediente y astuta.

—¡Ahora vengo, solo voy a por el libro!

En cuanto subió hacia su cuarto, lo primero que hizo fue coger el móvil y mirar la hora; Valeria había quedado a las cinco con su mejor amigo: Carlos, y eso era lo único en lo que podía pensar. Después de eso, comió, se vistió y salió directa hacia el parque al que solían ir siempre que se veían. Hacía como dos semanas que no se veían y los dos estaban contentísimos de poder verse.

—¿Qué tal en el instituto público? —Empezó su amiga.

—Bueno, nada que no te haya contado ya, es que el instituto no es que sea tan difícil como pensaba este verano. ¿Tú qué tal? Seguro que te lo pasas mejor que yo...—Siguió él.

Y así, hablando, riendo y jugando pasaron unas cuatro horas de aquella gélida tarde de invierno. Cuando se quisieron dar cuenta de la hora, ¡ya eran las 9 de la noche! Concluyeron en que debían irse a sus casas cuanto antes. Durante el camino, vieron una gran furgoneta que parecía que les seguía; probaron a acelerar el paso, pero no funcionó. Una persona con la cara tapada salió de ella, los dos amigos se miraron y echaron a correr; cuando se dieron cuenta de que no había nada a sus espaldas, frenaron el paso. Tiempo después despertaron en un almacén, al parecer, de una siesta causada por cloroformo. Lo último que fueron capaces de recordar fue una bolsa opaca ciñéndose sobre sus cabezas y un paño en su nariz.

—Antes de nada, os advertiré que no importa lo que digáis ni hagáis. No os dejaremos libres hasta que no nos digáis, en concreto tú, Valeria, lo que queremos saber. — Adelantó el secuestrador.

—¿Qué se supone que tengo que deciros? —Balbuceó la niña entre sollozos.

—Son tan solo cuatro números los que nos tienes que decir, seguro que te sabes la combinación de la caja fuerte que con tanto aprecio guardan tus padres en su habitación, ¿Verdad? Por lo que tengo entendido tu madre te hizo memorizarla cuando tan solo tenías cinco años. —Contestó una voz femenina pero distorsionada, que tenía pinta de mandar sobre los demás.

Valeria no fue capaz de pronunciar palabra, ¿cómo era posible que alguien a quien no conocía supiera tanto de ella? Ella nunca le había dicho a nadie esa combinación, pues aquella caja fuerte contenía en su interior el collar de diamantes en el que su padre se había gastado casi la mitad de su fortuna, que no era poca, para pedirle matrimonio a su madre. Meditó su respuesta, pensó que si le decía una contraseña equivocada les soltarían y no conseguirían tener el collar; decidió que esa era mejor idea que decir la verdadera combinación y quedarse sin la joya.

—Está bien. La combinación es 1279: mi madre quiso juntar su año de nacimiento y el mío. —Mintió mientras le caía una gota de sudor por la frente.

La banda de secuestradores apuntó la respuesta de la niña con desconfianza, pues les parecía muy extraño que hubiera contestado sin poner pegas y habiendo tardado tanto en pensarlo. Mientras tanto, Carlos lloraba sin parar mientras se preguntaba cómo había podido acabar allí sin tener nada que ver.

Sin decir nada, les sujetaron por el cuello obligándoles a ir a un cuartito de limpieza tan diminuto como una alacena, en el que pasarían la noche.

Ese mismo día, la civilización estaba patas arriba. Todos los policías, bomberos y demás agentes interesados; estaban buscando a los jóvenes desaparecidos: un niño corriente de doce años y una niña rica de su misma edad.

A la mañana siguiente, les sacaron del cuartito. La banda susurró algo y concluyeron diciendo que la mayoría del grupo se iba a marchar un rato de allí. Para desgracia de los niños, ya se habían encargado de dejar a dos hombres vigilándolos. Se fueron una gran cantidad de ellos; pero tiempo después, sus vigilantes les volvieron a encerrar en el mismo sitio donde habían pasado la noche. Un rato después, los amigos empezaron a llamar a la puerta:

—Perdonad, ¿en este sitio hay algún servicio al que podamos ir? —Empezó a decir Valeria con aire importante.

—No podéis ir ahora. —Contestó secamente.

Insistieron un rato y por fin les condujeron por un pasillo que se supone que daba al baño. A medio camino, el niño, rápido como el viento; le dio una patada en la espinilla a uno y ambos críos salieron corriendo. Sabían que no aguantarían mucho, pero el problema era que no habían pensado que hacer después de la patada. Lo que sí sabían era que el otro les perseguía a zancadas de elefante, pisándoles los talones.

Se estaban cansando; pero en un momento determinado, Carlos vio a lo lejos una barra metálica que se habría caído de las estanterías. Claro que no dudó en cogerla, ya que era su última y única esperanza. La atrapó al vuelo, y sin pensarlo dos veces, la empuñó a la altura de la cabeza del hombre que les

perseguía; tan solo hizo falta eso para que el vigilante se diera de morros contra ella y cayera redondo hacia el suelo, quedando así inconsciente. Acto seguido fueron donde el vigilante que quedaba, que seguía retorciéndose de dolor en el suelo; apartó la mirada y dejó caer la barra sobre su cabeza, pues no quería ver cómo le daba el golpe que lo dejaría cao junto al otro. Rebuscaron en los bolsillos de los secuestradores y encontraron las llaves que buscaban.

Cuando estaban a punto de irse, entraron otros tres hombres enmascarados que estaban rojos de rabia. Nada más ver a los niños al lado de los adultos inconscientes, palidieron. Corrieron a capturarles y los dos amigos volvieron a la carrera, llevaban la ventaja de que ellos no se habían quedado petrificados; por eso decidieron subir unas escaleras que conducían a una especie de segundo piso. Una vez arriba, divisaron la puerta de una azotea. Abrieron la única salida que tenían y se encontraron acorralados en la parte superior del edificio. Cuando parecía que no tenían salida, Valeria cogió a Carlos de la mano y le llevó saltando a través de los tejados. Parecía que por fin no les seguía nadie, así que bajaron de una casa no muy alta deslizándose por el canalón. Tan pronto como reconocieron el lugar dónde se encontraban, fueron directos a sus familias; y después a la policía. Tras decirles el sitio exacto de su secuestro, la mayoría de la gente que raptó a los jóvenes fue detenida, incluyendo la líder. Los amigos quisieron ser ellos mismos quienes le quitaran la máscara a la mujer que tramó el secuestro; y para su fortuna, les dejaron.

—Por fin sabré quien me ha amenazado e interrogado para robar nuestra joya familiar. —Dijo Valeria con nervios e impaciencia.

Las caras de asombro invadieron la comisaría al saber la identidad de aquella mujer.

—¿La seño Doris? — Balbuceó la pequeña.

—No me puedo creer que una mimada como tú haya escapado de las garras de alguien como yo. — Comentó ignorando las caras de asombro.

—¡Claro! Por eso sabías tanto sobre mí; tú te sabías de memoria mi casa, mis pertenencias y mis planes. Pero ¿Por qué me has hecho esto? —

—No pienso seguir aguantándote; toda la vida he estado a tu lado, viendo como un bebé recién nacido ya vivía mejor que alguien con estudios y oportunidades como yo. La vida perfecta, la casa perfecta, el robo perfecto...—
Dijo agravando la voz a medida que hablaba.

Valeria enrojeció de rabia. Tanto tiempo con ella y eso era lo mejor que podía decirle en respuesta a sus actos.

—¡Por mí como si la ponen cadena perpetua! —Gritó antes de salir de la sala.

Luego salió con ella su familia junto a su mejor amigo, ella lloraba y los demás la intentaron consolar; pero le fue bastante difícil asimilar lo que había pasado.

Pasó un año y Valeria ya reía y jugaba con Carlos y sus nuevos amigos en un instituto público; le encantaba aprender y conocer gente de su edad allí. Luego llegaba a su casa y de vez en cuando abría la caja fuerte, temiendo no encontrarse con el collar, pero siempre le veía brillando en todo su esplendor. No sabía lo que pasaría, porque seguro que Doris no era la única interesada en la joya; pero pasara lo que pasara, estaba segura de que encontrará la manera de solucionar la situación en la que eso la ponga.